

CONFLICTOS HISPANO-LUSITANOS EN SUR AMÉRICA

(Época Colonial — Continuación)

Por: FRANCISCO ANDRADE

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 3, Volumen IX
Tercer Trimestre de 1951*

CAPITULO XIV

Iniciense los trabajos de demarcación.—Primera entrevista y primer hito en Castillos Grandes.—
Inician en la cordillera de Los Tapes la resistencia los indios.—Interviene el Padre Luis
Altamirano.— Generalizase la insurrección.—Los ejércitos aliados se organizan para dominarla.—
Muere Carvajal y Láncaster.—Los ejércitos aliados hacen horrible carnicería en Caibaté.—
Entréganse los territorios a Portugal.—El Comisario portugués se retira a Río de Janeiro sin entregar
la Colonia.—Suspéndese la demarcación.—Llega Pedro Ceballos.—Investígase la participación de los
Padres jesuitas en la rebelión guaraní.

A Freire de Andrade le llegó su nombramiento en 1751, e inmediatamente dio principio a los preparativos para la expedición. El 19 de febrero de 1752 salió de Río de Janeiro hacia el Sur en la nave **Lampadosa**. El 10 de septiembre se entrevistaron por primera vez los dos comisionados de la primera zona, y el 29 de octubre inauguraron el primer hito en la playa de Castillos Grandes, con sus dos caras principales, orientadas por la Norte-Sur. En la cara norte aparecían las armas de Portugal, y en la sur las de España, El Marqués de Valderíos siguió para Buenos Aires, y Freire de Andrade, Conde de Bobadilla, para la Colonia de Sacramento. Mientras tanto las comisiones demarcadoras continuaron su trabajo. Al llegar a la región de Los Tapes, en el punto de Santa Tecla, encontraron un fuerte contingente de indios que les impidió el paso. Noticiado de lo acaecido el Conde de Bobadilla, ordenó que el personal portugués se recogiera a la Colonia mientras

conferenciaba con Valderíos para ver qué disposiciones se tomaban. Valderíos recibió en Buenos Aires la misma noticia, e inmediatamente pensó en que el único remedio sería apelar a la fuerza, en vista de las resistencias que por todas partes se presentaban para la ejecución del Tratado.

Valderíos había llegado en compañía del Padre Luis Altamirano, enviado especial del Padre General de la Compañía para solucionar las dificultades que se presentaran, y confiaba en el prestigio de esta personalidad para imponerse a los indios.

El Padre Altamirano, después de conferenciar con los misioneros, manifestó a Valderíos que era imposible hacer el traslado inmediato, pues sacar esa enorme multitud al desierto era condenarla a una muerte segura, porque no habiendo plantaciones ni modo de alimentarse durante el tiempo que gastara la tierra en dar nuevos frutos, todos tendrían que perecer. Que por lo tanto lo mejor para solucionar el asunto sería conceder un plazo de tres años para el traslado. Valderíos, acosado por el Conde de Bobadilla y urgido por las terminantes instrucciones que traía, contestó a Altamirano que no concedía tales tres años, ni siquiera tres meses, y mandó al Padre que se trasladara a las reducciones para ordenar a los indios el inmediato abandono de las poblaciones.

La orden del Padre Altamirano fue el toque de rebato. Los indios, en su gran mayoría, se insubordinaron, y los Padres lograron salvar la vida gracias a su gran prestigio, pero casi todos tuvieron que abandonar sus residencias. La insurrección tomó tales características que Valderíos tuvo que acudir al Gobernador de Buenos Aires, don José de Andunegui, para que organizara un fuerte contingente de tropas. Las mismas órdenes recibió Freiré de Andrade y alistó soldados que apoyaran la acción de los españoles. Algunos de los misioneros, entre ellos el Padre José García, lograron que los indios los obedeciesen e iniciaron la desocupación de San Miguel, que era una de las poblaciones más grandes, en vista de lo cual el siguiente año, había Andunegui de manifestar que en España estaban locos cuando de manera tan fácil renunciaban a poblaciones tan florecientes. El Padre García logró retirar un numeroso grupo de habitantes, pero después de la tercera jornada todos lo abandonaron y regresaron a su población, manifestando que preferían morir al filo de la espada antes que de hambre en la selva.

A los portugueses les convenía la revuelta, pues en forma de guerra podían llevarse los indios para esclavizarlos en sus poblaciones, como lo hicieron con gran número. Con el mismo pretexto iban construyendo fuertes, como los de San Amaro en las márgenes del río Tacuarí y del Pardo. Así fueron ocupando toda la línea del deslinde.

En septiembre de 1754 se comenzaron a mover fuerzas españolas sobre las reducciones. Mientras tanto Freire de Andrade, por todos los medios, se sostenía en los puntos ocupados. La guerra no era fácil, y los guaraníes resistían por todas partes. Llegó la noticia del fallecimiento de Carvajal y Lancaster y se supuso que esto cambiaría la situación, pero no fue así.

De las Cortes se recibieron órdenes para proseguir la demarcación. El 10 de febrero de 1756 llegaron los ejércitos aliados a la vista de la colina de Caybaté, en donde estaban reunidos en gran número los indios. Andunegui, que comandaba las fuerzas aliadas, intimó rendición. Los indios le contestaron que los españoles los recibirían, pero que a los portugueses en ninguna forma. A la primera descarga de artillería los indios tiraron las armas y se desbandaron, lo que aprovecharon las tropas aliadas para hacer una gran carnicería. A los indios no les cabía en la cabeza cómo los españoles, por quienes aquéllos siempre habían luchado contra los portugueses, se uniesen a sus enemigos para asesinarlos. De ahí en adelante la resistencia de los indios no tuvo importancia, y Freire de Andrade ocupó con sus fuerzas las reducciones. Como veremos, esto no fue por mucho tiempo.

Cumplida por parte de España la entrega de las reducciones, valderíos exigió a Freire de Andrade la entrega de la Colonia. Este, pretextando cualquier inconveniente, se retiró a Río de Janeiro dejando interrumpidos de hecho los trabajos de demarcación.

El eco de tanta injusticia cometida con los guaraníes llegó hasta Madrid. Viendo que las cosas asumían graves caracteres y sobre todo que la gente mal intencionada achacaba la resistencia de los indios a maquinaciones de los Padres jesuitas, la Corte resolvió mandar a Buenos Aires un hombre capaz de grandes hechos y lo encontró a cabalidad en don Pedro Ceballos, quien llegó al Plata en 1757. Lo primero que hizo Ceballos fue trasladarse al territorio de las misiones y llevar a cabo una minuciosa investigación acerca de la actuación de los Padres misioneros en el conflicto. Allí pudo comprobar por declaración de los mismos jefes de las tribus, que todo lo hecho había sido contra las claras y terminantes instrucciones de los Padres. En esta investigación lo acompañaron el mismo Valderíos y Bruno Viana, Gobernador de Montevideo. Sirvieron de intérpretes José de Villanueva, Capitán de Infantería, y Sebastián Casazio, Corregidor de Corrientes, ambos muy versados en la lengua guaraní.

En 1759 murió Fernando VI y lo sucedió en el trono Carlos III, quien ordenó que se suspendieran completamente los trabajos de demarcación, mientras se recibían las informaciones de Ceballos.

CAPITULO XV

Fundación de Barcelos.—Trabajos de demarcación en el Amazonas y el río Negro.—Mendoza Hurtado.—Tropiezos para el desarrollo del trabajo.—Hácese responsables a los Padres jesuitas de las dificultades.—Transporte de los grandes hitos.—Afianza la dominación portuguesa en los ríos Blanco, Amazonas y Negro.—Va al Madera.—Creación de la Capitanía de río Negro (1755).

Ahora veamos cómo sucedían las cosas en el Amazonas y río Negro. A fines del siglo XVII fundó fray Matías de San Buenaventura la población de San Eliseo de Marihua, llamada después Barcelos. Algunos escritores colombianos dicen que esta población fue fundada por los españoles. Pero quien da ese dato habla de que la población llamada Solano, en la boca del Casiquiare, también fue fundada antes de 1750. Y como Solano, Comisario español de la demarcación, sólo estuvo por esas tierras en 1760, es claro que tales datos son poco fidedignos.

No fue un acierto la escogencia del punto para la fundación de Marihua, pues su distancia a Manaos es relativamente corta, y el río Negro, mientras no se repita la fiebre del caucho, no tendrá desarrollo bastante como para dar base al engrandecimiento de una ciudad. Esta población hubiera desaparecido totalmente si los Padres no la hubieran escogido como centro de sus misiones en el bajo río Negro. Todas las poblaciones que se encuentran en esta parte del río, a excepción de Manaos, están en la banda derecha pues los indios cababuris, macus y otros hacen incursiones frecuentes sobre este territorio, y a veces llegan con gran audacia hasta a pocas leguas de Manaos.

Esta población fue escogida por Mendoza, Comisario portugués, para sede del Congreso del río Negro, integrado por delegados españoles y portugueses para la demarcación de la frontera. Parece que fue escogido este punto por ser la única población de relativa importancia cercana a la frontera.

Mendoza Hurtado dio principio desde 1753 a los preparativos para los trabajos de la demarcación. Hombre impetuoso y autoritario como buen hermano de Pombal, quería que todo se hiciera a cabalidad y con la mayor exactitud, pero las circunstancias allí no eran para obtener tales resultados. Los jesuitas traían de las poblaciones vecinas el personal indígena para el trabajo de construcción de embarcaciones, personal que permanecía a lo sumo ocho días, y retextando malos tratos huía para sus casas dejando abandonado el trabajo, lo que exasperaba horriblemente a Mendoza Hurtado. Este mandaba escoltas de soldados para aprehender los y obligarlos a volver al trabajo, agravando con esto las dificultades. Y como las cosas estaban encaminadas en

determinado sentido y de lo alto venían inspiraciones, se echaba la culpa del proceder de los indígenas a los Padres jesuitas. Para que se vea la injusticia de este cargo, pues aquel modo de ser de los indios del Amazonas constituye parte de su idiosincrasia, basta saber que actualmente quien quiera trabajar con indios en la Amazonia tiene que estar sujeto a estos inconvenientes. Tal elemento no tiene el hábito del trabajo. Es fuerte y resistente sobre todo para el remo, pero trabaja única y exclusivamente cuando le viene en talante, pues su vida es libre, sometida únicamente a su voluntad. Si esto pasa hoy cuando la influencia del blanco se ha ejercitado por tanto tiempo, ¿qué de raro tiene que sucediera en esas épocas?

Además Mendoza Hurtado quería sacar de los pocos cultivos que había en el río Negro víveres suficientes para las 790 y más personas que componían la expedición, sin tener en cuenta que las tierras del río Negro son inadecuadas para la agricultura, como tuvimos ocasión de comprobarlo viendo subir en el año de 1934 los barcos de **The Amazon River** cargados con gran cantidad de racimos de plátanos para vender a los colonos del río Negro. La única producción agrícola de esta región es la fariña, y en 1934 salía más barata la transportada desde Belén del Pará hasta esas altas regiones, que la que vendían producida en las mismas zonas. Si esto sucedía en tiempos tan recientes, ¿qué de raro tenía que los mantenimientos escasearan y los cultivos no fueran suficientes en 1753?

En mayo de 1754, estando todo ya listo para salir, los indios encargados de tripular las canoas huyeron, y solamente el 12 de octubre del mismo año logró Mendoza Hurtado, después de vencer innumerables dificultades, salir de Belén. Allí aumentó el personal, con los Capitanes Juan Pereira Caldas y Juan Bautista de Oliveira. Quedó atrás Enrique Antonio Guluzzi, encargado del transporte, en embarcaciones especiales, de los grandes hitos de mármol, los que actualmente permanecen aún en la playa de Barcelos. En Barcelos, Mendoza Hurtado estuvo cerca de dos años alistando edificios para recibir dignamente a los demarcadores españoles sin desperdiciar el tiempo, pues afianzó el dominio portugués. Mandó una guarnición a la aldea de Coary en el Solimoes, y fuerzas al río Blanco. Llamó a su presencia a los más antiguos habitantes, desbravadores de la región, como los califican los portugueses, para interrogarlos sobre la extensión del dominio portugués y respecto de sus impresiones sobre el Tratado, con el objeto de allegar documentos para las discusiones con los españoles.

Después bajó al Madera, a la aldea de Trocano, que después quienes para saludarlo dispararon una pequeña pieza de artillería que usaban para ahuyentar a los indios muras, atención que sirvió de

base para informar a la Corte que los jesuitas estaban armados y se preparaban para rebelarse contra el Rey de Portugal e independizar la Amazonia. Estos argumentos y los que vimos al hablar de la demarcación en el Sur sirvieron de base a Pombal para descargar toda su saña contra los Padres jesuitas, decretar su expulsión de Portugal y desarrollar una acción violenta sobre Clemente XIV, coadyuvada por ministros extraviados de Francia y España, todo encaminado a decretar su extinción, sometiendo a los hijos de Loyola a la más dura prueba, de la cual salieron triunfantes más tarde. En cambio, los ministros autores de tan injusta campaña solamente consiguieron socavar el prestigio de los Monarcas, de suerte que no alcanzaron a pasar 25 años y ya era segada la cabeza de uno de ellos por la revolución.

Por carta regia de 3 de marzo de 1755 se creó la Capitanía del río Negro y se le dio por capital a San José de Yavarí. Mendoza Hurtado volvió al río Negro en 1758 a terminar la fundación de la Capitanía, y resolvió que la capital fuera Marihua, dándole el nombre de Barcelos. A Bararao y a Itarendaua, también cambió los nombres por Thomar y Moura. Esperó unos días más los demarcadores españoles, de los cuales tenía ya noticia que andaban por el Orinoco, pero fue llamado por su hermano Pombal a Lisboa, habiendo sido encargado del puesto de Comisario en su lugar Don Rolin de Moura, que estaba en Matto Grosso.

CAPITULO XVI

La Comisión española sale de Cádiz.—Llega al Orinoco.—Fundación de San Fernando de Atabapo.—Lucha entre Caserú y Cocui.—Don Eugenio de Alvarado va a Santa Fe.—Iturriaga manda un oficial y veinticuatro soldados al encuentro de los portugueses.—Un sargento y tres soldados bajan hasta Barcelos.—Los otros quedan en el rápido de Tunui—Dificultades del Gobernador de Pará al recibir la noticia del arribo de la comisión.

Cuando le fue posible al Rey de España, procuró dar cumplimiento estricto al Tratado en la parte norte. Los Comisarios vinieron con plenos poderes e instrucciones para que todo se les facilitara, autorizados para hacer y deshacer, mandar y tornar como lo exigieran los menesteres de la demarcación. Se comunicaron órdenes reales para que las autoridades los apoyaran de cuantos modos les fuera posible, ofreciendo el Rey recompensar ampliamente cualquier favor que se les prestase.

Bajo estos auspicios salieron los demarcadores de Cádiz el 15 de febrero de 1754, llegando a las bocas del Orinoco a fines de julio del mismo año. De allí en adelante tuvieron que vencer grandes

dificultades, sobre todo en la parte alta del Orinoco, por lo despoblado, con los consiguientes tropiezos de una comisión compuesta de más de quinientas personas. En 1756 llegaron a la confluencia de los ríos Guaviare, Atabapo y Orinoco, donde les pareció punto adecuado para una fundación, la que hicieron dándole el nombre de San Fernando de Atabapo. Al llegar a este punto encontraron que se hallaban en una encarnizada guerra las dos principales tribus de la región: los guaipunabis y los matabitanos, comandados los primeros por Caserú y los segundos por el famoso Cocui (el nombre de este cacique fue dado a la piedra cerca de la cual tenía su principal campamento). Caserú, como aliado de los cristianos pobladores de la región, se defendía de Cocui, pero aquél se consideraba príncipe independiente. Con muy buenos modos logró convencer Iturriaga, comandante de la expedición de que venimos hablando, a Caserú, se cambiara su título de cacique por el de Corregidor de San Fernando, lo que aceptó Caserú. Ya conseguida la pacificación, comenzó Iturriaga, Jefe de la Comisión, a dar pasos para continuar su viaje al río Negro, pero tropezó con las dificultades del aprovisionamiento de dineros, y como sus comunicaciones con Santa Fe, de donde el Virrey le hacía las más importantes remesas, eran tan difíciles, optó por despachar para esa ciudad a don Eugenio de Alvarado, quien salió en dirección a Santa Fe en marzo de 1759, adonde llegó el 5 de junio del mismo año. El Virrey José Solís lo auxilió en cuanto pudo, aprobando las fundaciones hechas, nombrando Alcaldes, ordenando a los misioneros jesuitas que entregaran 400 indios para servicio de la Comisión, y la más importante, 92.000 pesos, y anunciando un envío anual de 40.000, mientras duraran los trabajos de la Comisión. Alvarado salió de Santa Fe a mediados de enero de 1760. Iturriaga, mientras tanto, despachó, para que pasaran por el brazo Casiquiare y luego bajarán por el río Negro, a un Alférez y 24 soldados para comunicar a los portugueses que los españoles se hallaban listos para dar principio a la demarcación. El Alférez y sus soldados bajaron hasta los rápidos que actualmente se llaman de San Gabriel, y allí permanecieron con las cuatro piezas de artillería de campaña de que venían dotados y gran número de municiones. En seguida envió a un sargento con tres soldados para que bajarán hasta donde encontraran a los portugueses.

Por carta dirigida por Manuel Bernardo de Meló y Castro a Tomás Joaquín de Costa y Corte Real, fechada en Para el día 2 de noviembre de 1759, se sabe que el sargento con los tres soldados llegaron a Barcelos. En esta comunicación, después de hacer una relación del personal de miembros de la Comisión, dice lo siguiente:

“Compónese la Comisión, además del personal anteriormente relacionado, de 100 soldados, un Teniente, dos Alféreces y dos Sargentos, además de muchos indios y 16 piezas de campaña, y

todos los armamentos necesarios y suficientes municiones de guerra. Traen también uniforme nuevo de **barragane** azul, con vueltas encarnadas, el cual viene en cajones para ser distribuido en el momento en que se junten con nuestras tropas’.

Meló Castro manifiesta que la situación es gravísima, pues en Barcelos todo está por hacer. El Palacio de las Demarcaciones construido por Hurtado de Mendoza apresuradamente y sin escoger maderas se halla prácticamente arruinado. Todo el personal se había repartido en diferentes trabajos. Don José Rolin de Moura, reemplazo de Mendoza Hurtado, se hallaba en Matto Grosso y demoraría lo menos un año para llegar a Barcelos. Por lo tanto Meló y Castro comunicó a los españoles que no había objeto en que se trasladaran inmediatamente al punto de reunión, pues allí no había quien los recibiera, y que en el término de un año debía hallarse don José Rolin de Moura en el lugar convenido. Los españoles mientras tanto bajaron por el Casiquiare y fundaron las poblaciones de San Carlos sobre el río Negro, abajo de la boca del Casiquiare; Solano, sobre este brazo, y algunas otras, y extendieron su jurisdicción hasta San Gabriel. Las comisiones nunca se entrevistaron.

CAPITULO XVII

Por el Tratado de 1761 anulase el de 1750.—España gasta fuertes sumas. —Dificultades en el Sur.—El Conde de Bobadilla niégase a devolver lo ocupado.—Ceballos procede a recuperarlo por la fuerza.—Uti possidetis de facto”.

En eco de la fortísima oposición que por una y otra parte se hacía al Tratado, impresionó a los Soberanos Carlos III y José I, y por esto convinieron en un nuevo Tratado firmado en el Pardo, el 12 de febrero de 1761, en el cual se declaró “por cancelado, casado y anulado el referido Tratado de Límites, signado el 13 de enero de 1750”. Quedaba pues perdido totalmente este nuevo esfuerzo realizado por ambas Coronas, con más entusiasmo y buena fe por parte de España que a todo trance quería delimitar.

España hizo gastos considerables en esta demarcación. En un expediente citado por Ricardo S. Pereira en sus **Documentos sobre: Límites**, aparece que lo recibido hasta el 9 de febrero de 1760 ascendía a 452.800 patacones. En ese expediente hay una nota muy curiosa, que demuestra que desde entonces existía el emboscado que cómodamente sentado en su escritorio, para justificar el honorario que devenga, no tiene inconveniente en sugerir malevolencias contra los que afrontan la intemperie, los malos climas y toda clase de peligros para servir a su patria.

Dice así la nota:

“Reconózcanse los antecedentes de la **bendita comisión** de Iturriaga, para deducirse su estado actual, qué caudales ha recibido, qué cuentas ha dado, si se le libró lo que dijo faltaba para el pago de los que debían regresarse y si presentemente recibe algún situado a más de sueldo, pues temo que está allí como en una isla Barataría forjando ideas, y es urgente saber lo expedido y cautelar la continuación de inútiles gastos”.

En el Sur se presentaba una situación difícil, pues las reducciones quedaban en poder de los portugueses, quienes no eran muy fáciles para devolver lo recibido, y estaban ocupando la Colonia de Sacramento. Pero en Buenos Aires estaba todo un hombre, y veremos cómo el asunto se solucionó.

De acuerdo con las cláusulas del Tratado de 1761, debía comunicarse inmediatamente a los demarcadores y gobernadores para suspender los trabajos y proceder a la devolución de los territorios ocupados. España, por medio del bajel aviso **San Cenón**, hizo llegar las órdenes en julio a Buenos Aires. En cambio, el Conde de Bobadilla no recibió tales órdenes sino hasta enero de 1762, es decir, con ocho meses de demora. Una vez que Ceballos tuvo noticia de que Bobadilla ya había recibido instrucciones, se dirigió a él solicitándole se diera inmediatamente cumplimiento a lo pactado, pero Bobadilla contestó con evasivas, pretendiendo desconocer los derechos de España sobre los terrenos ocupados, lo que exasperó a Ceballos, quien le dirigió una enérgica nota, uno de cuyos párrafos vamos a copiar:

“Si Vuestra Excelencia, procediendo con sinceridad, hubiese manifestado a la reconvención que le hice á más de año y medio, las dudas que ahora suscita, estuvieran mucho tiempo á desvanecidas; pero como lo que Vuestra Excelencia intentaba no era que se pusiese en claro la verdad, sino lograr, con el beneficio del tiempo, que nunca se verificase la restitución de lo usurpado, ha renovado para este arbitrio, que aunque se practicase como al efecto no fuese favorable a las ideas de Vuestra Excelencia, sería no sólo dilatorio sino infructuoso, según lo ha demostrado la experiencia en los recursos que durante la ejecución del trabajo de límites se hicieron por Vuestra Excelencia y el Comisario de España; pues sin embargo de las decisiones que tuvieron, suscitó Vuestra Excelencia siempre nuevas dudas y dificultades para no Ilegal' jamás a la conclusión de entregar la Colonia, aunque anduvo muy solícito (además de enriquecer a los portugueses con las cantidades exorbitantes de ganados que, como quien entra a saco en país enemigo, extrajeron con insaciable codicia de los dominios del Rey) en ocupar con el pretexto de tratados los terrenos de

España que no debía poseer hasta que se efectuasen las mutuas entregas de ellos, y de aquella plaza, que era lo estipulado"... "Con las repetidas reconvenciones y protestas que en el decurso de más de un año y medio tengo hechas infructuosamente a Vuestra Excelencia, he practicado todos los medios que dictan la urbanidad y el más sincero deseo de evitar las perniciosas consecuencias de un rompimiento. .. Teniendo Vuestra Excelencia como tiene un cuerpo considerable de tropas muy internado en los dominios de España, sin quererlo retirar por más instancias que se le han hecho, pretende no sólo conservar con la fuerza aquellos países de Su Majestad, sino también lograr con esta proporción adquirir sobre ellos mayores ventajas y extensión a favor de Portugal, reconociéndose más claramente este designio de Vuestra Excelencia en los extraordinarios preparativos de guerra, que de más de dos años a esta parte no ha cesado de hacer por mar y tierra... Y siendo este proceder de Vuestra Excelencia, como se ve, una declarada agresión, es constante que no puedo sin faltar gravemente a las obligaciones de mi empleo, dejar de valerme de las armas que el Rey se ha dignado fiarme para sostener sus reales derechos en esta Provincia: lo que ejecuto, sólo con este fin, protestando a Vuestra Excelencia que pues me pone en esta precisión, será responsable de todos los perjuicios que de ella se siguieren". (15 de julio de 1672).

En el Sur se podía hablar en este tono, y las palabras eran respaldadas por armas y soldados que las sabían manejar, tanto por parte de España como por la de Portugal. En el Amazonas los Gobernadores españoles se tenían que contentar con palabras, que sólo contaban para respaldarlas con los misioneros, y en cambio los Portugueses disponían de fuerzas regulares, aguerridas y abundantes, y la literatura de los Gobernadores de Mainas y Guayana la contestaban en tono de zumbón, pero sus tropas avanzaban y fundaban fortalezas en lo que invadían para marcar la soberanía portuguesa con la boca de los cañones, y luego alegar una curiosa teoría de **uti possidentis de facto**, que no era otra cosa sino una tentativa para justificar el derecho de conquista.

CAPITULO XVIII

Guerra de los siete años. Renuévase el pacto de familia.—España y Francia procuran atraer a su partido a Portugal.—Pombal no se deja convencer y solicita el apoyo de Inglaterra.—Conde de Lippe.—Ceballos tonta la Colonia de Sacramento.—Avanza hacia el Norte y ocupa todo Rio Grande.—Sus tropas llegan hasta la posición de Pelotas.—Tratado de Paz de París.—La Colonia es devuelta a los portugueses.

En Europa las cosas andaban complicadas. Inglaterra, Francia y Alemania estaban envueltas en la

guerra llamada de los siete años. Francia logró revivir con Carlos III el pacto de familia que aliaba a los Borbones de Francia, Nápoles y España, y por lo tanto, Portugal, que había conseguido conservarse neutral, por sus eternas complacencias con Inglaterra, se vio forzado a tomar nuevamente las armas.

Los Ministros de España, José Torredo, y de Francia, Jacobo O'Dunne, lucharon cuanto pudieron para inclinar a Pombal hacia su lado, pero fracasaron, y en abril de 1762 abandonaron a Lisboa, dejando en manos de Pombal una nota que equivalía a una declaratoria de guerra. Portugal apeló inmediatamente a Inglaterra por medio de su Ministro Martín de Melo, recordando las cláusulas del Tratado de 1703, pidiéndole tropas, navíos y un buen General. Consiguió además dos batallones suizos y apoyo alemán. Los refuerzos entre ingleses, alemanes y suizos, llegaban a más de 8.000 hombres. Vino como Comandante de estas fuerzas Lord Tyrawely, pero no se pudo entender con Pombal, quien lo reemplazó por el Condene Lippe, magnífico oficial alemán al que se le entregó el comando de las fuerzas.

Al tener noticia don Pedro Ceballos de la ruptura de hostilidades en Europa, dispuso en Buenos Aires todos sus elementos de guerra. Con él habían venido 1.000 hombres perfectamente pertrechados, y procedió a atacar la Colonia de Sacramento, la eternamente conquistada y eternamente perdida. Fue para Ceballos cuestión de pocos días. En menos de un mes puso sitio y rindió la plaza, cuyos poderosos medios de defensa fueron inutilizados por los puntos estratégicos que ocupó el atacante. No bien hubo rendido la plaza, cuando se presentaron ante ella siete buques portugueses e ingleses al mando de Mac Denara, un irlandés, con firme intención de retomar la plaza abandonada por Silva Fonseca. No podemos prescindir de copiar textualmente lo que dice Funes, describiendo esta hazaña de Ceballos:

"Enfermo, deja la cama, monta a caballo y con esa intrepidez inalterable que sellaba su valor, exhorta a sus tropas a mantenerse firmes y hace frente al enemigo. La suerte coronó esta temeridad brillante. Después de cuatro horas de un fuego vivísimo que hizo la escuadra y el que era correspondido de la plaza, se incendió inopinadamente la nave comandante de 64 cañones, sin que de 500 hombres que tenía a su bordo escapara más gente que dos marineros, en un pequeño bote, y 80 que salieron a nado. En medio de la voracidad de las llamas, un marinero, insigne nadador, tuvo la generosidad de tomarse a las espaldas a Mac Denara, y echarse al agua. Por desgracia estaba distante de la ribera, y el nadador empezaba a desfallecer. El alma magnánima de Mac Denara advierte el riesgo de su bienhechor, le regala entonces su espada, y a fin de que se

salve, elige la muerte y se hunde en el mar”.

El triunfo de Ceballos repercutió en Europa. España tenía en América un Capitán digno de sus anales. Ceballos dejó en la Colonia una guarnición más que suficiente y marchó hacia el Norte de la banda oriental, cruzó el río Negro, entró en el territorio de Río Grande, batió a los portugueses en Santa Teresa, San Miguel y el Chuy. Sus tropas llegaron a la posición actual de Pelotas y realizó una de las campañas más brillantes que la bandera española acaudillara en el siglo XVIII. Pero esta carrera de triunfo vino a ser interrumpida por la noticia de la firma de la paz en Europa. Ordenaba la Corte nuevamente que la Colonia de Sacramento fuera devuelta a los portugueses. (Tratado de París, 10 de febrero de 1773).

Ceballos, aleccionado como el que más, devolvió la Colonia, dejando copadas todas las posiciones españolas de Río Grande; la Colonia, prácticamente, quedó bloqueada e imposibilitada por lo tanto para servir al contrabando inglés y portugués, y Ceballos regresó a Buenos Aires.

CAPITULO XIX

Los portugueses toman a San Gabriel y Marabitanos, fundando el Capitán Felipe Sturm fuertes en estos lugares.—Protesta Iturriaga.—Los españoles no disponen de fuerzas para defenderse en el río Negro.—Costa Atahyde ordena ocupar la boca del Putumayo.—Fundación y fortificación de Tabatinga.—Manuel Centurión, Gobernador de Guayana, envía una pequeña fuerza para defender las posiciones del río Blanco.Siete años después es desalojado por orden de Pereira Caldas.

En el río Negro, don José de Iturriaga, que todavía desempeñaba el puesto de Gobernador de Guayana, se dirigió inútilmente a los Gobernadores de Barcelos y de Pará, solicitando la devolución de Marabitanos y San Gabriel, puestos ocupados por los españoles y de los cuales habían sido desalojados, según unos, por Manuel de Souza Figueiras, y según otros, por José de Silva Delgado, que en los nombrados puntos, al desalojar a los españoles habían fundado poblaciones y construido fortalezas, la una con el nombre de San José de Marabitanos y la otra con el de San Gabriel. El Capitán Felipe Sturm, Oficial alemán, dirigió la construcción de estas fortalezas, que fueron artilladas con los mismos cañones españoles que habían sido traídos por la Comisión de Solano e Iturriaga, parte de los cuales han sido subidos río arriba y puestos al frente del cuartel brasileiro de Cocuy.

En el año de 1762 bajó una lancha española con unos pocos soldados a hacer un reconocimiento y

saber hasta dónde habían subido los portugueses, pero al llegar a Marabitanos se pudieron dar cuenta de la ocupación portuguesa y de que el punto estaba bien defendido y artillado. El comandante de la lancha, Sargento Francisco Bobadilla, ordenó regresar a San Carlos, pues le era imposible emprender una lucha en las condiciones en que se hallaba. Parece que el antiguo fuerte de Marabitanos fue construido en la banda izquierda del río Negro, un poco arriba de la actual población que se halla en la banda derecha. Tal punto se llama Batería. Los portugueses alegaban que sus certanistas habían pasado primero que los españoles por estos lugares, lo que no aparece claro en los cronistas portugueses consultados, que sólo ocasionalmente nombran puntos del Alto río Negro, pero si nos atuviésemos a este criterio tendríamos que los portugueses debían haber desocupado todo el Amazonas, pues como ya vimos, antes de que ellos lo conocieran había sido transitado repetidas veces y con mucha anticipación, por los españoles. En cambio, los españoles en Marabitanos y San Gabriel, que entonces se llamaba Rápido de Tunuhí, ya tenían fundación y guarnición militar cuando fueron desalojados por fuerzas más numerosas de los portugueses. Por lo tanto, según las terminantes cláusulas del Tratado de París, tales territorios les debían haber sido devueltos. No era el mismo caso con los de Río Grande del Sur, en donde los españoles simplemente habían recuperado lo ocupado ilegalmente por los portugueses, por falta del cumplimiento del Tratado de 1761, en el cual se anuló el de 1750.

En el Amazonas, el Gobernador de Para, don Fernando de Costa Atahyde, ordenó ocupar la boca del Putumayo y fundar el fuerte de San Fernando de Iza o San Antonio, desalojando de allí la pequeña guarnición española que solamente tenía por objeto defender a los misioneros de los ataques de los indios, guarnición absolutamente insuficiente para enfrentarse a fuerzas regulares portuguesas, y en 1766 ordenó el traslado de la población de San José de Yavarí al punto en donde el Sargento Mayor Domingo Franco había iniciado ese mismo año la fundación de San Francisco Javier de Tabatinga. Allí la masa inmensa de las aguas del río se contrae dentro de un solo canal cuya anchura apenas alcanza a 800 metros, sin que allá otro paso ni brazo distinto. Cualquiera embarcación que quiera subir o bajar, tiene necesariamente que pasar por frente a esta población, por lo cual la vigilancia de la frontera se hace allí con mucha facilidad. Esta la causa, como lo veremos más adelante, de que los portugueses, a pesar de convenios y tratados en que se estipulaba su devolución a los españoles, no quisieron entregarla, y los brasileros, respetando esa tradición, no han obrado de manera diferente. La ocupación de este lugar impuso la línea Tabatinga-Apoporis, de que trataremos en el segundo tomo de este trabajo.

En el año de 1768 el Gobernador de Angostura, Manuel Centurión, envió un destacamento de

tropas que pasando por la Cordillera de Parima llegó al Alto río Blanco, en donde tenían los españoles numerosas poblaciones, entre ellas la de Santa Rosa en la confluencia del Uricapara con el Marisere, y la de San Juan Bautista en la confluencia del mismo Marisere con el Idumé. Esta pequeña fuerza vino a órdenes del Sargento Juan Marcos Zapata de raza negra). Gobernaba la capitanía del río Negro el Coronel Joaquín Tinoco Valiente, quien en 1775, por orden de Juan Pereira Caldas, Gobernador de Pará, envió una expedición al mando del Capitán alemán Felipe Sturm. Los españoles, al tener noticia del avance de fuerzas portuguesas, abandonaron el campo, pues consideraron muy difícil poder recibir refuerzos. Centurión protestó por este nuevo atentado ante las autoridades portuguesas de Pará, pero allí se le contestó con la mayor tranquilidad que todo eso era portugués. En todos estos litigios de fronteras, España solamente se preocupaba por la Colonia de Sacramento. De resto, en la correspondencia entre los diferentes funcionarios de Santa Fé, Mainas y Guayana, se ve que toda consulta la diferían para la Corte, y nadie tomaba iniciativa, procurando cada cual que el otro tomara la responsabilidad. En cambio, los funcionarios portugueses organizaban expediciones bajo su absoluta responsabilidad; así es que no son pocas las veces en que los Monarcas lusitanos recomendaban prudencia y moderación a sus **prepostos** del Brasil. Esto se puede explicar porque los funcionarios portugueses estaban más ligados a la tierra. En cambio, los españoles eran individuos enviados a unas colonias lejanas por las cuales no tenían más interés que el del empleo y el evitar ser residenciados por cualquier desatino que cometieran. La consecuencia lógica de tal conducta fue la pérdida de aquellos territorios.

CAPITULO XX

Los padres jesuitas son expulsados de los dominios españoles.—Bucarely, Gobernador de Buenos Aires.—Atacan nuevamente los portugueses las posiciones españolas de Río Grande.—Protesta española.—Vertiz reemplaza a Bucarely.

En el año de 1767 vino un nuevo factor en contra de la colonización española: la expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios de Su Majestad Católica. Por esta causa don Pedro Ceballos fue retirado de la Gobernación de Buenos Aires, pues se le consideraba como amigo de los Padres jesuitas. Lo reemplazó don Francisco de Paula Bucarely Ursúa, persona capaz de cumplir la orden de expulsión. Para tal expulsión se había apelado a infinidad de fútiles pretextos, pero la causa principal de ella radicaba en la labor de Pombal sobre la Corte española. Cuál fue el efecto de esta medida, lo podemos ver en lo dicho por el escritor brasileiro don Eduardo Prado (**Revista del Inst. Hist. E Geogra. de Sao Paulo**, volumen IV, número 255). En un interesantísimo artículo titulado **Los españoles en el salto de Avañandaba**, dice: "E fóra de duvida que, si tivessem sido felizes em seus titânicos esforcos os jesuitas castelhanos, o **Brasil sería quando muito a metade do**

que e hoje". (Ex. Geog. do Brasil Colonial, pág. 185).

En el mismo año de 1767 y cumplida la expulsión de los jesuitas, las tropas portuguesas comenzaron a concentrarse en la sierra de Los Tapes, cerca de Río Grande, con el claro propósito de ocupar territorio español. Cortaron primeramente el paso que para el Norte tenían los españoles y construyeron un fuerte que llamaron de San Cayetano, en el punto más a propósito de la lengua de tierra que separa la laguna de Los Patos, en la que desemboca el río Grande, del océano. Llegó también el Coronel portugués José Marcelino Figueredo, con un cuerpo de 500 hombres. Don José Molina, Gobernador español de Río Grande, se dirigió inmediatamente al Jefe del fuerte de San Cayetano pidiéndole explicaciones por estos movimientos de tropa. Figueredo le contestó que debía dirigirse al encargado de la frontera en río Pardo, lo que hizo inmediatamente Molina, obteniendo por respuesta una nota en la cual se le tranquilizaba y se le manifestaba que los portugueses deseaban cumplir con la mayor escrupulosidad las órdenes de su Soberano en lo relativo al mantenimiento de la paz, y que no pensaban cometer "la menor vejación". Pero cuatro días después, el 29 de mayo de 1767, en la madrugada, atacaban por agua la Villa de San Pedro, capital española de Río Grande, intento en que fracasaron, pero atacaron nuevamente por tierra y se tomaron el fuerte de San José y ocuparon toda la banda norte del río.

Inmediatamente protestó el Gobernador de Buenos Aires, y la Corte de Madrid puso el grito en el cielo al ser informada por el mismo Ministro portugués de lo acaecido. Lisboa dio toda clase de explicaciones, pidiendo satisfacción por lo ocurrido. El Conde de Cunha, Virrey de Río Janeiro, fue depuesto y reemplazado por el Conde de Azambuya. El Gobernador portugués de Río Grande, José Custodio, también fue depuesto, y un oficial fue expresamente de Río de Janeiro a Buenos Aires a dar también a Bucarely explicaciones, pero los portugueses no abrieron mano de la margen norte del río, permaneciendo en su poder todo lo usurpado.

Hasta 1774 estuvieron mirándose frente a frente estas dos fuerzas enemigas, mientras las Cortes de España y Portugal obraban de consuno para arrancar de Clemente-XIV la bula de extinción de la Compañía de Jesús.

En el mismo año de 1774 fue reemplazado Bucarely Ursúa en el Gobierno de Buenos Aires por don José Vertiz. Inmediatamente después de su llegada inició actividades para tratar de recuperar el territorio ocupado por los portugueses en 1767 y tenerlos a raya, pues no dejaba de inquietar constantemente por todos los puntos de la frontera. Esta actividad de Vertiz, fue considerada en

Lisboa casi como una declaración de guerra, pues los portugueses se habían acostumbrado a Bucarely, que no hacía nada, y por lo cual, la actividad vigilante de don Pedro Ceballos, que por entonces era Gobernador de Madrid, había logrado cambiar al abúlico gobernante por una persona sustantiva como Vertiz.

CAPITULO XXI

Pombal inicia labor diplomática.—Labradinho organiza la ofensiva en Río Grande.—Luis XVI ofrece mediar.—Pombal busca el apoyo inglés y ofrece arreglos a España.—Memoria de Grimaldi.—Souza Cotiño contesta.—España acepta el Congreso en París.—Llega refuerzo naval a los portugueses en Río Grande.—Atacan y toman la ciudad.—Indignación en Europa por la perfidia de Pombal.

Pombal resolvió iniciar una acción diplomática para tratar de solucionar el asunto, pero al mismo tiempo impartió órdenes para que en el sur se hiciera toda clase de preparativos bélicos. Comenzó por dirigirse a su eterna aliada Inglaterra, para tener seguridad del apoyo con que por este lado pudiera contar.

El Marqués de Labradinho, que gobernaba en Río de Janeiro, se apresuró a organizar el mayor número de tropas de que pudo disponer, incluyendo en la movilización hasta su guardia de honor, fuerzas todas que puso a órdenes del Coronel Sebastián Cabral. De Lisboa vinieron grandes refuerzos bajo el comando del Teniente General Juan Enrique Bhon, uno de los mejores auxiliares de Lippe, trayendo como ingeniero a Jack Funk, sueco de mucha fama. Labradinho había ordenado desde fines de 1774 que de Minas y de San Paulo se movieran fuerzas sobre Río Grande, por lo cual a mediados de 1775 el Virrey de Río Janeiro tenía listos para lanzarse sobre el río Grande 5.000 soldados venidos de Lisboa y 15.000 reclutas en el Brasil, y disponía de cuatro fragatas, cuatro navíos de línea y tres mercantes, además de estar listas en el Tajo para ser despachadas, dos fragatas más. Los portugueses tenían su cuartel general en San José del Norte y los españoles en Río Grande, y toda la ribera norte, o mejor este, la ocupaban los portugueses, y la opuesta los españoles. Los portugueses no habían iniciado ofensiva, pues se consideraban inferiores en fuerzas navales, pero en febrero de 1776 les llegaron refuerzos, como veremos más adelante.

En agosto de 1775 Luis XVI de Francia pudo darse cuenta de la inminente amenaza de guerra entre España y Portugal, e inmediatamente ofreció su mediación. Pombal contestó en términos ambiguos. Reiterada en noviembre del mismo año la oferta francesa, fue rechazada por Pombal,

quien esperaba buenas noticias de Inglaterra; pero como de allí no se le decía nada concreto, resolvió dirigirse a Grimaldi, Ministro español de Carlos III, ofreciéndole mandar órdenes a América para suspender hostilidades e iniciar conversaciones a fin de lograr el ajuste de un tratado, y al efecto el Ministro de Negocios Extranjeros de Portugal, Souza Cotiño, envió una larga memoria exponiendo los puntos de vista de Portugal sobre límites con España. La propuesta portuguesa daba como bases de discusión los Tratados de Utrecht, 1615, y París, de 1761, y ofrecía ceder las tierras ocupadas según el Tratado de 1750.

Grimaldi contestó en un larguísimo documento lleno de interés, en el cual se hace la historia de todo lo sucedido desde la primera conferencia en el puente de Caya hasta el Tratado de 1761, documento que es un verdadero memorial de agravios, pues relata uno a uno los incidentes del conflicto, haciendo notar la diferencia de conducta de las dos monarquías, y replicando los cargos que se hacen contra Ceballos y Vertiz, en la siguiente forma: "Lejos de resultar los Gobernadores españoles infractores de los Tratados, salen al contrario, culpados de aquel grave cargo, los Gobernadores portugueses, los cuales en todos tiempos y circunstancias parece se han propuesto por máxima constante, invadir y adjudicarse los territorios del Dominio Español, ensordecer a las reclamaciones y protestas o contestar únicamente a ellas para producir títulos ficticios y aéreos, y al fin valerse de la misma retención de lo ajeno, para fraguar y motivar insubsistentes derechos, convirtiendo en amarga queja lo que debía ser reparación solemne. Y sin duda por no hallarse V. E. bastante noticioso de todos aquellos terrenos usurpados a la dominación de esta Corona con pretexto del Tratado de Límites y retenidos después en contravención del que lo anuló, se desentendiende hoy de ellos. Pero el Rey me ha dado orden expresa para reclamarlos, como lo hago, declarando a V. E. a fin de que lo comunique a su Corte, que S. M. exige absolutamente la más pronta restitución". Terminaba declarando que solamente reconocía como vigente el Tratado de Tordesillas, por el cual se debía regir la demarcación. Con estas pequeñas diferencias de apreciación era perfectamente imposible un acuerdo.

No bien entregada la respuesta de Grimaldi, vinieron noticias de que los portugueses habían logrado apoderarse de algunos fuertes y de naves españolas. El Gobierno de Carlos III exigió una pronta y completa satisfacción.

Pombal se dirigió a las Cortes francesa e inglesa proponiéndoles la reunión de un Congreso en París para resolver el asunto. La propuesta iba acompañada de una memoria en la que formulaba sus quejas y contestaba los cargos que hacía Grimaldi a Portugal. Aquellas dos Monarquías hicieron

presente a Pombal que era necesario que España le hiciera la misma invitación. Simultáneamente el Soberano francés recibió noticias de su Embajador en Lisboa en el sentido de que el Gobierno portugués simplemente quería con esta treta ganar tiempo. Comunicada a España por Inglaterra y Francia la idea portuguesa de reunir un Congreso en París, Grimaldi contestó inmediatamente aceptando, pero agregaba que no daría un paso mientras no recibiera España de Portugal la satisfacción solicitada. En abril de 1776 el Ministro lusitano entregó al Embajador español en Lisboa, Marqués de Almadobar, la carta que exigía España. Grimaldi no halló satisfactorios los términos en que estaba concebida y la pasó en consulta al Soberano francés, quien estuvo de acuerdo con Grimaldi en que era insuficiente, pero Pombal no quiso modificarla. Posiblemente España hubiera esperado más pacientemente, pero las informaciones de que Portugal apresuraba sus preparativos de guerra a pesar de sus conversaciones sobre la paz, la obligaron a proceder, por lo cual resolvió adelantar su ejército sobre la frontera portuguesa y reclamar la alianza de Francia, de acuerdo con el pacto de familia, para ir a tomar la satisfacción que se le negaba. Luis XVI, viendo que ya no sólo era mediador sino parte, insistió fuertemente sobre Portugal, y así Pombal dio las cumplidas satisfacciones que se le exigían.

Como habíamos dicho atrás, las fuerzas de las dos Coronas se hallaban enfrentadas a uno y otro lado del río Grande, hallándose los portugueses en espera de refuerzos marítimos; pues por ese aspecto se consideraban en condiciones inferiores a los españoles. No fue baldía la expectativa portuguesa, pues se presentó una escuadra al mando del irlandés Mac-Dowell, compuesta de 9 navíos, los que sumados a los 5 que tenían en las aguas del canal formaban una escuadra de 14 navíos, superior a la española. Ya no dudaron un momento más en tomar la ofensiva. El 19 de febrero, aprovechando un viento favorable, pusieron la proa hacia las fortalezas españolas y se trabó el combate, resultando desfavorable a los portugueses, los que hubieran perdido toda su escuadra a no haber encontrado sus navíos un refugio cercano. Este éxito animó mucho a los españoles, que en memoria de este hecho construyeron un nuevo fuerte poniéndole el nombre de Triunfo. Los portugueses pasaron más de un mes en aparente inactividad, pero en realidad preparándose para un nuevo ataque que llevaron a cabo el 19 de abril en la madrugada, en el que obtuvieron gran éxito, obligando a don José Molina abandonar a río Grande. Como se ve claramente por las fechas, todo esto sucedía simultáneamente con la presentación de excusas a España, y se invadía a mano armada los territorios españoles, sin previa declaratoria de guerra, por el **preposto** de Pombal en América, General Bhon.

Hallábanse dando los pasos para la preparación del Congreso que había propuesto Portugal,

cuando llegó la noticia de los acontecimientos del Brasil, lo que produjo, como era natural, gran indignación, no solamente en España sino también en Inglaterra y Francia, que se consideraron burladas por la perfidia de Pombal.

Simultáneamente con estos acontecimientos iniciábase la guerra de Independencia de los Estados Unidos, lo que obligó a Inglaterra a notificar a Portugal por medio de su Embajador en Lisboa, Mr. Wampole, que se debía evitar la guerra restituyendo a España los territorios ocupados, pues era imposible a Inglaterra acudir en auxilio de su aliada. Pombal no se desanimaba tan fácilmente, e insistió que por Inglaterra y Francia fueran estudiados sus alegatos, pues confiaba grandemente en la fuerza persuasiva de sus argumentos. Pero cuál sería su desilusión al ser notificado por esas Cortes de que no encontraban en los documentos justificación alguna para sus proceder y que debía ordenar inmediatamente al Virrey Labradinho que volviera todo al estado en que se hallaba el año anterior. Informado por los Embajadores en París y Londres del resultado de su última tentativa, para ganar tiempo optó por un **robulismo**, simulando que se hallaba indispuerto, a fin de no dejarse comunicar por el Embajador británico tan desagradable noticia, demora que aprovecharía para enviar al Brasil cuanto refuerzo militar le fuera posible. Para conseguir tropas, se vio Pombal obligado a cometer por medio de su Intendente Pina Manique los excesos más atroces, tales como el incendio del suburbio de Trafaria en Lisboa, hacinamiento de barracas de gentes infelices que tuvieron el atrevimiento de acoger a dos desgraciados que huían de los esbirros que a órdenes de Manique reclutaban carne de cañón para sostener las' pedanterías del Ministro omnipotente de don José I. Los resplandores de este incendio fueron las verdaderas luces crepusculares del poderío pombalino.

España y Francia tuvieron un momento de perplejidad, pues no podían comprender la obstinación de Pombal, que rechazaba todo, e imaginaban que tal conducta obedecería a perfidia de Inglaterra, la que suponían manifestándose en un todo de acuerdo con aquellas potencias pero que secretamente apoyaban a Portugal. Averiguado el asunto, llegaron al convencimiento de que simplemente se trataba de una obcecación de Pombal.

CAPITULO XXII

España preparada para la guerra.—Expedición de Cebados.—Ataque a la isla de Santa Catalina.—Cebados, Virrey de Buenos Aires.—Ataque a la Colonia.—Reconquista de Río Grande.—Actividades en el Amazonas.

No andaba descuidada España, pues como era natural temía que a pesar de la mediación de Francia e Inglaterra las negociaciones pudieran fracasar, y había tomado providencias para que tanto en Europa como en América se preparase todo para el evento de una guerra. Rotas las negociaciones se aceleraron los preparativos para una fuerte expedición, que fue puesta bajo el mando del General Pedro Ceballos, de quien hemos hablado, al que se le nombró como primer Virrey de Buenos Aires, pues desde agosto del año de 1766 se había erigido este Virreinato.

El 13 de noviembre de 1776 zarpó la escuadra de Cádiz conduciendo la mayor expedición que hasta entonces se hubiera despachado para Ultramar. Estaba compuesta de 12 navíos de línea y más de 100 buques transportes, en los cuales iban 9.000 hombres de desembargo, dotados de todo lo necesario para sostener una larga campaña. La escuadra estaba comandada por el Marqués de Casa Tilly.

Estando Ceballos anclado en Trinidad en espera de unos navíos que se había separado de la flota, se apoderó de algunos buques mercantes portugueses y de un paquebot, en el cual encontró correspondencia que lo informó de cómo andaban las tropas del Virrey de Río de Janeiro. Después de discutir el plan de campaña con sus ayudantes, se convino en atacar primeramente la isla de Santa Catalina, la que tomaron sin dificultad, rindiéndose su Comandante militar, Mariscal de Campo, Antonio Hurtado de Mendoza. De Río de Janeiro se despachó al Almirante Mac-Dowell, pero éste vio las cosas difíciles, por lo cual se refugió en la ensenada de Garupas, de donde regresó a Río de Janeiro.

En la capital de la isla de Santa Catalina fue proclamado Ceballos Virrey de Buenos Aires. Inmediatamente dio órdenes para que Vertiz, con las fuerzas de que disponía, marchara sobre Río Grande, mientras él atacaba a los portugueses por mar e igualmente por tierra, avanzando desde el Norte; mas al pretender desembarcar en Castillo para atacar las fuerzas del General Bhon, que se hallaban en la villa de Río Grande y en otros puntos fortificados, sobrevino un pampero que dispersó la escuadra. Entonces cambió de táctica y resolvió atacar inmediatamente la Colonia de Sacramento.

En la Colonia estaba como Comandante el Coronel Francisco José de Rocha. La habilidad de Ceballos, amenazando primero las costas de Río Grande, hizo que los portugueses descuidaran el reforzar suficientemente la Colonia, y cuando ya pretendieron hacerlo, el estuario estaba dominado por los españoles, y así, el 22 de mayo de 1777, al anclar Ceballos a una legua de distancia de la ciudad, ésta no se hallaba en buenas condiciones para resistir. En la noche, los españoles lograron romper la cortina cercana de la puerta principal, y al día siguiente procedieron a instalar las baterías sobre las murallas. El Comandante de la plaza envió un oficio proponiendo capitulaciones, pero Ceballos le contestó que tuviera cuidado de no estorbar las maniobras que estaba haciendo, pues él venía a castigar a los portugueses por haber invadido en tiempo de paz territorios de Su Majestad con fuerzas armadas, y que por lo tanto no tratara de interrumpir el servicio. Al Comandante de la plaza no le quedó más remedio que ponerse a las órdenes del atacante, y a continuación rendirse a discreción. Por cuarta vez era tomada esta posición, y ahora no volvería más a poder de los portugueses, ni de los brasileros, sus sucesores en el dominio de la inmensa colonia lusitana. Ceballos, temiendo las veleidades de las Cortes, resolvió poner fin de una manera definitiva el problema que por un siglo había sido causa de enconada lucha, volando los muros de la ciudad y cegando su puerto. Toda la población fue trashumada a diferentes lugares. A los que fue posible se les trasladó a Río de Janeiro, y a los demás se les internó en el Virreinato de Buenos Aires. Todo Río Grande fue nuevamente ocupado por los españoles, sin mayor dificultad. Ceballos se preparaba para continuar su avance hacia el Norte, pero recibió noticias de haberse firmado la paz en Europa, por lo cual las hostilidades debían suspenderse.

En el Amazonas los portugueses continuaron sin interrupción sus avances, pues si los hacían en tiempo de paz, en tiempo de guerra encontraban mejor pretexto para ello y los hacían más frecuentes y violentos. El pequeño destacamento español mandado al Alto río Blanco por Centurión, y del que ya hablamos, fue todo aprisionado y remitido a Pará. El Comandante José de Linares solicitó de los Gobernadores de Caracas y de Cumaná un auxilio de 300 hombres debidamente equipados para una campaña de un año, a fin de reforzar la pequeña expedición que había enviado con la intención de retomar a Marabitanos y San Gabriel, la que se había devuelto al ver que le era imposible cumplir su cometido por las superiores condiciones en que se hallaban los portugueses. Los aludidos Gobernadores contestaron a Linares que no estaban en capacidad de poderle suministrar esas fuerzas, y agregaban que era menester que procurase fortalecerse en los puntos ocupados, sin permitir avanzar más a los portugueses.

CAPITULO XXIII

Muerte de José I y caída de Pombal.—Tratado de San Idelfonso.—Nómbrense comisiones demarcadoras.—Primeros trabajos en el Sur.

Veamos ahora cómo se desarrollaron los acontecimientos en Europa para llegar a un acuerdo entre España y Portugal. La estrella de Pombal se eclipsó cuando sus enemigos hicieron que José I sospechase que el Cardenal Saldaña, Patriarca de Lisboa, había sido envenenado por su Ministro, y por esta razón José I, desatendiendo las insinuaciones de Pombal, designó para sucederle en el trono, a su hija María, y no al hijo de ésta, como era la aspiración del Ministro, que trataba de imponer la Ley Sálica. El 24 de febrero de 1777 firmaron el Tratado en San Idelfonso, que puso fin a las diferencias entre las dos Monarquías. En el apéndice de este trabajo se encuentra copia del Tratado por el cual España recuperaba sus territorios de Río Grande y de las Misiones, se fijaba en el Amazonas la línea divisoria con los dominios de Portugal, igual a la del Tratado de 1750, aclarando que al seguir el Yapurá hacia el Norte, no se debía buscar la cordillera de montes altos, como lo decía el Tratado de 1750, sino continuar por los ríos y lagunas que más se aproximaran a la dirección del Norte, dejando a salvo el canal que en 1750 usaban los portugueses para comunicarse entre el río Negro y el Yapurá y los establecimientos que en ese tiempo tenían los portugueses en ambos ríos.

Procediese al nombramiento de comisiones de demarcación, la que se dividió en cinco zonas-. La primera zona comprendía desde la costa marítima hasta la boca del Pepiriguassu, para cuya demarcación fueron nombrados: por parte de España don José Varella y Ulloa, y por parte de Portugal, Sebastián de Veiga Cabral, Gobernador de Río Grande. Por las zonas segunda, tercera y quinta, no se hicieron nombramientos por el momento. La cuarta zona comprendía de la Boca del Yavarí al río Negro, y para ella fue nombrado el siguiente personal:

Comisión española

Primer Comisario, don Ramón García de León y Pizarro, Gobernador de Mainas.

Segundo Comisario, Felipe Arechua, Capitán de Milicias de Quito.

Geógrafos: Don Apolinar Díaz de la Fuente, Comandante del fuerte de San Carlos, cerca de la Boca del Casiquiari.

Joaquín Fernández del Busto, Sargento Mayor.

Don Juan Manuel Benítez, Teniente, Jefe de la tropa.

Don Mariano Bravo, Capellán.

Don Manuel Vera, cirujano.

Don Gaspar Santisteban, Secretario, y don Juan Salinas, Ayudante.

Comisión portuguesa

Don Juan Pereira Caldas, Primer Comisario, Gobernador de Pará.

Don Teodosio Constantino Chermond, Segundo Comisario, Teniente Coronel.

Don Eusebio Antonio de Ribeiro, Sargento Mayor, Ingeniero,

Don Juan Simón de Carballo, Astrónomo.

Doctor José Joaquín Victorio D'Costa, Astrónomo.

Don Joaquín Antunes del Valle, Capitán de Ordenes.

Padre Álvaro Loreiro de Fonseca y Padre Pedro Tomás, carmelitas, Capellanes.

(Continúa en el próximo número)

